

La represión cultural en Cuba

Cuba es un país dominado por el miedo. Yo diría que en las tres últimas décadas la historia de Cuba es, sobre todo, la historia del miedo. Aquí en el exilio me he encontrado a muchos norteamericanos, y también a latinoamericanos y europeos, que al abordar el tema de Cuba, siempre hacen las mismas preguntas, a veces con ingenuidad, otras veces con incredulidad y malicia. Ellos preguntan: Si la situación allí es como ustedes la describen, ¿por qué no pasa nada? ¿Por qué no se organiza un movimiento dentro del país en contra del gobierno? ¿Por qué al menos no se ponen de acuerdo para exigir un cambio? ¿Por qué el pueblo parece aceptar lo que ocurre? ¿Por qué la gente huye en vez de rebelarse? ¿Por qué han pasado tantos años y todo continúa igual? ¿Por qué? Arriesgándome a sonar elemental, simplista, yo siempre contesto con una sola palabra: miedo.

Yo pertenezco a una generación asfixiada por el miedo. La revolución triunfó cuando yo tenía ocho años. Después de un período inicial de entusiasmo, de efervescencia, de deslumbramiento, se hizo evidente que el nuevo gobierno no era lo que se esperaba, no iba a cumplir las promesas que hacía; incluso los famosos éxitos en el campo de la educación y de la salud pública (y en mi opinión no se pueden negar estos éxitos); incluso estos logros, repito, se conseguían a costa del fracaso en todos los otros aspectos de la vida, de la perenne escasez, del esfuerzo sobrehumano, y también a costa de la humillación y de la falta de libertad. Pero cuando el descontento y el malestar comenzaron a extenderse por la población, ya también se había extendido el miedo.

En las escuelas, la delación, la denuncia se premiaban, y en los centros de trabajo la delación, la denuncia también se premiaban. Los delato-

res, los informantes recibían los cargos de responsabilidad, los mejores puestos, las mayores ganancias, las ventajas materiales y de todo tipo. Por otro lado, si no te convertías en delator, a la larga te ibas a convertir en víctima de los delatores. El vecino de enfrente podía ser un delator. Tu mejor amigo podía ser un delator. Tu propio hermano o hermana podían ser delatores. En un lugar donde nadie sabe quién es quién, todo el mundo le tiene miedo a todo el mundo. Esto crea una atmósfera de recelo y desconfianza que hace imposible cualquier acción. Esta era la situación en Cuba hace veinticinco años, cuando yo era un adolescente. Esta es la situación actual en la Cuba de hoy.

Todo cambio político, todo movimiento de renovación social surge casi siempre dentro del elemento pensante de una nación: es decir, entre los estudiantes universitarios, entre los intelectuales, entre los artistas. Desde el principio de la revolución, se tomaron medidas para controlar este sector tan peligroso. Es cierto que se fomentaba la cultura, que se le daba amplia oportunidad a los jóvenes para que realizaran sus estudios, que se estimulaba la creación artística. Pero a la par de estos estímulos se desarrollaba también el control absoluto del pensamiento, se establecían organizaciones que vigilaban desde adentro esta misma cultura, estos mismos estudios, esta misma creación artística.

A mí me gustó escribir desde que era prácticamente un niño. A los quince años gané el primer premio de cuentos en un concurso especial del periódico Juventud Rebelde, con motivo de la fundación de una de las revistas literarias más importantes de la revolución: El Caimán Barbudo. Irónicamente, este cuento que publiqué a los quince años de edad, en el primer número de esa revista, fue lo único que pude publicar en Cuba. Mi cuento, titulado "Tribulaciones", narraba las adversidades de una familia que se ve asaltada de pronto por impulsos pecaminosos, perversos, totalmente irra-

cionales. Supe que Nicolás Guillén, presidente de la Unión Nacional de Escritores y Artistas en esa época, había dicho al leerlo que el cuento era "enfermizo". Tenía razón, no era un cuento saludable. La atmósfera en que vivíamos tampoco lo era. Pero a pesar de este comentario, este premio representó para mí un gran estímulo. Mi carrera de escritor se había iniciado con éxito.

El único camino para un escritor joven en Cuba es integrarse a la Brigada "Hermanos Saíz", una organización literaria y artística para los "principiantes", por llamarlos de alguna forma. O sea, creadores que todavía no han obtenido un reconocimiento oficial. Esta brigada es la "cantera", para usar una palabra muy de moda en Cuba, de los futuros miembros de la UNEAC, de la cuál, como ya dije, Guillén era el presidente entonces. Yo pasé a formar parte de esa brigada. Se hacían reuniones semanales donde los jóvenes leíamos nuestros poemas y narraciones. Luego se hacía un debate donde se comentaban las obras leídas, bajo la supervisión de miembros de la UNEAC, es decir, escritores con libros publicados, pero sobre todo, con una integración revolucionaria probada. En otras palabras, policías intelectuales. Mis poemas y cuentos no recibieron el "visto bueno" de estos policías. Me criticaban sobre todo por "pesimista". Según ellos, yo tenía una tendencia muy marcada a ver el lado negativo de las cosas. Mis cuentos presentaban conflictos, personajes con contradicciones, situaciones escabrosas. Esto no era un buen síntoma en un joven escritor que había crecido dentro de la revolución. A pesar de mi premio, era evidente que yo había tomado un camino equivocado. Se me trató de infundir miedo: miedo a fracasar como escritor, miedo a dejarme arrastrar por corrientes ideológicas contrarias a las establecidas en Cuba, donde no había lugar para el pesimismo, ni mucho menos para la polémica. Al poco tiempo dejé de asistir a las reuniones de la Brigada.

Pero seguí escribiendo.

A los dieciocho años matriculé en la Escuela de Letras de la Universidad de la Habana. Esto fue en el año 68, un año muy singular en el mundo cultural cubano: ese año se premiaron oficialmente dos libros que criticaban abiertamente la realidad de esa época. Me refiero al libro de poemas "Fuera del juego" de Heberto Padilla, y a la obra teatral "Los siete contra Tebas", de Antón Arrufat. Claro que al publicarse estos dos libros, después de muchas discusiones dentro de la UNEAC, ambos salieron con una aclaración donde se hacía constar el desacuerdo de este organismo con el contenido de estas obras. Pero aún así esto representaba un adelanto, una señal muy favorable.

En la Escuela de Letras, a pesar de que también se vivía con miedo, (ya que muchos profesores y alumnos eran delatores, informantes), a pesar de la represión, repito, en la Escuela existía la esperanza de que se implantara un proceso de apertura, un período de liberalidad. Pero estábamos equivocados. En el año 71 se produjo el primer congreso de Educación y Cultura, que coincidió con la mayor purga de intelectuales en la historia de la revolución. Heberto Padilla fue encarcelado. Luego fue puesto en libertad, después de su conocida retractación, en la que se arrepintió públicamente de sus "errores". Otros escritores tuvieron que hacer lo mismo. En las librerías y en las bibliotecas se retiraron los libros de todos los autores cubanos que no estuvieran "claros" políticamente. El miedo se convirtió en terror en los círculos intelectuales, al igual que en la universidad.

Semanas después de la celebración de este congreso, yo, al igual que muchos otros estudiantes, fui expulsado por "diversionismo ideológico". De alumno universitario pasé a obrero agrícola en la Empresa Forestal de Camagüey. En esta empresa trabajé durante nueve años, hasta mi salida de

Cuba en el año 80. Nueve años sin posibilidades de reanudar mis estudios, de conseguir otro empleo, y por supuesto, mucho menos de publicar lo que yo escribía. Porque yo seguí escribiendo. En realidad eso es lo que yo he querido hacer toda mi vida: escribir. Claro que sólo le mostraba lo que escribía a un reducido grupo de amigos. No pensaba que esto podría traerme el menor problema. Además, ¿qué más podían hacerme? Me habían expulsado de la Universidad, me habían cerrado las puertas como escritor, me habían condenado a un trabajo ingrato por tiempo indefinido, con un salario humillante. O sea, me habían convertido en un hombre sin futuro. Pero parece ser que esto no era suficiente.

En el año 78 fui detenido por la Seguridad del Estado. Me mantuvieron incomunicado durante dos meses, acusado de "posesión de literatura contrarrevolucionaria". Registraron mi casa y me confiscaron todos mis manuscritos, todo lo que yo había escrito hasta ese momento, y me refiero a la labor de muchos años, de toda una vida; todo me fue confiscado. Al cabo de dos meses me pusieron en libertad. Me dijeron que la Revolución era generosa, y que querían darme una oportunidad. En realidad no pudieron comprobar que yo hubiera intentado sacar mis manuscritos de Cuba, o que yo estuviera vinculado con algún movimiento contrarrevolucionario. Ni siquiera mis escritos tenían un marcado matiz político, por lo menos, la mayoría de ellos no lo tenían. A mí la política siempre me ha disgustado, la política en todas sus formas. Respeto los políticos honrados, pero yo nunca me he considerado un hombre político. Ese era mi problema principal en Cuba: ser un hombre apolítico en un país donde la política lo abarca todo, desde el escribir hasta el ir al baño. De cualquier forma, recuerdo que al darme la libertad me dijeron también que yo todavía era joven, que aún podía rehabilitarme y poner mi talento al servicio de la Revolución, que, según ellos, me lo había dado todo. Ellos no querían

destruirme, dijeron. Sólo querían evitar que yo me buscara más problemas. La verdad es que yo estaba destruido desde hacía mucho tiempo, y ellos lo sabían. El hecho de tenerme encerrado durante dos meses fue simplemente un pequeño recordatorio, una manera de hacerme saber una vez más de que yo vivía en el país del miedo, y que debía continuar con miedo por el resto de mi vida. En eso se resume el panorama cultural cubano: en miedo. Dos de los escritores cubanos más importantes de este siglo, José Lezama Lima y Virgilio Piñera, murieron en el más absoluto aislamiento, y hasta última hora vivieron asfixiados por el miedo. Yo, que no pretendo compararme con ellos, vivía también con miedo.

La única satisfacción que tengo es que este miedo jamás me llevó a hacer concesiones en lo que escribía. En todos esos manuscritos que me confiscaron, y que nunca me devolvieron, no aparece el menor elogio a la sociedad castrista. Preferí ser un escritor inédito y perseguido a ganarme el derecho a publicar a base de cobardías y mentiras. Por suerte en 1980 surgió el Mariel, y pude dejar atrás ese mundo de represión. La vida en el exilio no es fácil, pero la libertad es real. Claro que un escritor como yo, un escritor sin patria, que ha tenido que volver a empezar a partir de cero en un país extraño, se encuentra con muchos obstáculos.

Pero ya ése es otro tema, otra historia.